La ruina como aproximación estética, política y ética a los escenarios de memorias de la violencia

*Catalina Cortés Severino**

Figura 1. Retorno a las ruinas

* Magíster en Estudios Culturales de la Universidad de Carolina del Norte (Chapel Hill, Estados Unidos). Estudiante del Doctorado en Antropología, Historia y Teoría Cultural del Instituto Italiano di Scienze Umane, Università di Siena. Correo electrónico: corteseverino@gmail.com

Fuente: autora

En la última década hemos visto cómo en América Latina el concepto de memoria se ha constituido en un principio de conocimiento y en un terreno de lucha política para la democratización de los países, como, por ejemplo, en el proceso de las dictaduras a la “democracia” en Chile y Argentina, o en la búsqueda de salidas al conflicto armado interno posterior a los acuerdos de paz en Colombia. Como lo expresa Sánchez (2007),

Colombia ha tenido desde el siglo XIX una propensión a la práctica casi ilimitada de la amnistía, del perdón y del olvido. Hoy, sin embargo, esta tradición se encuentra en tensión con la creciente internacionalización de la justicia y, por consiguiente, de la memoria.

Esta internalización de la justicia y de la memoria tienen que ver, al mismo tiempo, con el reconocimiento de los derechos humanos y del derecho humanitario en su búsqueda por una justicia transicional y, claro está, por la verdad de los hechos.

Esto nos delinea cómo las instituciones son entidades históricas (Das, 2008) y filosóficas (Derrida, 2002) que están definiendo y proponiendo, por un

lado, concepciones temporales: dictadura/posdictadura, conflicto/posconflicto, apartheid/posapartheid, y, por otro lado, ciertas políticas del tiempo no solo hacia el pasado, sino también hacia la construcción de futuro, dentro de ciertos significados, deseos y sentires. De esta manera, la relación entre memoria y democracia, implantada en las últimas décadas por algunos Estados, se basa en la idea de justicia, reconciliación y reparación, dentro de marcos planteados institucionalmente que buscan principalmente el consenso, la “normalización” y el “cierre” de la crisis que se ha vivido.

El contexto actual colombiano es un ejemplo de estos intentos de democratización de los Estados, donde la memoria comienza a tener un rol fundamental en diferentes niveles institucionales. Desde el 2005 Colombia está viviendo un periodo de “justicia transicional”, que consiste en una desmovilización de los grupos paramilitares, propuesta dentro de la Ley de Justicia y Paz (Ley 975) por el gobierno del expresidente Uribe Vélez y por la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR). Desde esta coyuntura se ha visto un “boom de la memoria” en el que, paralelamente a la institucionalización de esta, se ha visto un incremento y una mayor dinamización de movimientos de víctimas, movilizaciones sociales, trabajos académicos, producciones culturales y prácticas artísticas, entre otros. Esto no quiere decir que solo debido a la CNRR y a la Ley 975 hayan comenzado a surgir estas movilizaciones, trabajos e intervenciones, ya que la mayoría tienen origen desde tiempos atrás. Lo que se quiere poner de relieve es que el momento coyuntural ha generado espacios para entrever debates alrededor de estas temáticas y visibilizar las complejidades que giran alrededor de los escenarios de memorias.

Los periodos llamados “de transición” se refieren al paso de un periodo a otro: de las dictaduras a las democracias, de los conflictos a los posconflictos; pero ese cambio casi siempre ha sido puesto en escena como una “nueva época”: se pasa de un periodo violento, de terror y caótico a otro pacífico, regenerador, reparador, etc.

A diferencia de esta perspectiva, mi acercamiento a la transición se sitúa en un tercer espacio (Minh-ha, 1999) que no acepta los dualismos dictadura/democracia, violencia/paz, conflicto/posconflicto, pérdida/victoria. Más bien, mi acercamiento pretende ubicarse en esos intervalos en los que es posible generar aproximaciones que permitan movilizarse entre la pérdida y la recuperación, los espectros y los vivos, el pasado y el futuro, las ausencias y las presencias. Esta perspectiva complejiza estos escenarios y, al mismo tiempo, permite imaginar posibilidades de futuros, pasados y presentes. Aquí el espacio del duelo y la pérdida son el punto de partida, mas no los espacios de traspasar, eliminar, negar e ignorar.

Este trabajo apunta, en palabras de Richard (2007),

a imaginar una lengua capaz de buscar, en las orillas más deshilvanadas de la discursividad oficial de la transición, los pedazos de la memoria que hablan de derrumbe histórico, de vidas y categorías en desarme, de palabras desconciliadas que se sienten violentamente extrañas al molde retórico de los recuentos oficiales (p. 136).

De esta manera, parto desde la necesidad de aproximarme a otras temporalidades, hasta encontrar esas memorias en la ruina de la que nos habla Benjamin: la ruina es, al mismo tiempo, violencia, sufrimiento y proyección de la vida. Intento explorar los huecos, los residuos y las fallas del discurso de normalización social y política de la transición, para des-velar otras formas de *ser-en-el-tiempo* (Grossberg, 2000).

Figura 2. Grietas, fracturas y residuos de lugares y memorias

Fuente: autora

Mi trabajo es una forma de aproximación –dentro de muchas otras posibles– a este momento coyuntural, y pretende principalmente dar cuenta de esta complejidad de los escenarios de memorias de la violencia. Así, el presente trabajo se mueve entre dos frentes.

El primero es una investigación que he ido desarrollando por medio de un ejercicio audiovisual y etnográfico, que se basa en un recorrido por diferentes escenarios de memorias de la violencia del proceso de comunidades negras: la comunidad de paz de San José de Apartadó y la organización de mujeres Wayuu Munsurat. Desde acá, mi aproximación a estos escenarios ha sido a través de sus formas de re-habitar los espacios y los cuerpos tocados por la violencia, de la puesta en escena de los duelos íntimos y colectivos, de las prácticas y po-éticas del recordar, al mismo tiempo que de su dimensión política y po-ética, entendiéndolas desde las prácticas cotidianas de resistencia y de resignificación de los espacios de devastación.

Desde estos planteamientos, esta investigación es un acercamiento a los límites y a los excesos, a cómo la cotidianidad de las personas que viven en medio de los escenarios de terror y en contextos de violencias estructurales, materiales y cotidianas guarda dentro de sí la violencia del acontecimiento, y este, a su vez, estructura el presente silenciosa y fantasmalmente (Das, 2008). Así, este proyecto ha buscado acercarse, a través de la etnografía,

la crítica cultural, las prácticas audiovisuales y la aproximación sensorial, a la forma en que la violencia es experimentada en la vida cotidiana, pero no solo a nivel de los espacios de la muerte y la destrucción (Riaño-Alcalá, 2006), sino también respecto a los modos en que

las personas padecen, perciben, persisten y resisten esas violencias, recuerdan sus pérdidas y les hacen duelo, pero también las absorben, las sobrellevan y las articulan a su cotidianidad, las usan para su beneficio, las evaden o simplemente coexisten con ellas (Das, 2008).

El segundo frente ha sido una aproximación a la relación entre algunas prácticas artísticas y las memorias de la violencia, no solo en términos de su “representación”, sino también respecto a cómo entender estas prácticas y productos como “trabajos de memoria”. Esto brinda la posibilidad de abrir nuevos lenguajes, espacios, temporalidades y e(a)fectos para aproximarse a esas memorias y, sobre todo, a la recuperación de sentido, totalmente fracturado y trasgredido por la cultura del terror (Taussig, 1987).

Desde estos frentes he explorado diferentes perspectivas de aproximación y re-habitación de las ruinas, buscando reconocer nuevas configuraciones de lo político y lo estético. Este ejercicio consiste en interrumpir la configuración de espacios y tiempos y crear otras reconfiguraciones de la mirada, la escucha, el silencio, lo dicho, a través de prácticas artísticas y culturales (Rancière, 1996).

Estos dos frentes de aproximación desde diferentes formas y prácticas permiten el “giro estético” del que nos habla Franco (1999), donde se puede crear un espacio que permita entrar “en las fisuras de la realidad” y dejar ver las profundas huellas que todavía permanecen, al igual que los posibles espacios para una nueva “division de lo sensible”. A partir de este abordaje considero necesario traer a la conversación la reflexión entre prácticas artísticas y prácticas culturales, ya que el hecho de moverme entre estas dos, para aproximarme a “lo temporal”, ha permitido detenerme en los giros

estéticos, políticos y éticos que estas realizan. El escribir “entre” implica no entender binariamente las prácticas, sino que, por el contrario, estas pueden ser puestas en interrelación. Las prácticas artísticas y culturales a las que me acerco en este trabajo proponen y crean espacios de resistencia, re-significación y desplazamiento de y desde lo sensible.

Figura 3. La naturaleza como ruina

Fuente: autora

Desde acá me han surgido dos preguntas centrales: a) ¿cómo los “trabajos de memoria” de las comunidades, los movimientos sociales y los productores culturales están mostrando los límites, los excesos y los residuos que llevan consigo estos procesos de transición? Y, en este sentido, ¿qué espacios se están abriendo para pensar la transición desde otras perspectivas, epistemologías y formas de *ser en el tiempo*?; b) ¿cómo las diferentes formas de recordar y olvidar la violencia política (acá vistas desde las prácticas de estos movimientos hasta algunas prácticas artísticas) afectan el reconocimiento y

el manejo de los procesos de transición y, consecuentemente, lo que se está entendiendo por justicia, reparación y reconciliación?

En este punto, la imagen dialéctica de Benjamin (1968) se convierte precisamente en el punto de partida de este trabajo e intenta hacer estallar el presente como tal, evocando y visibilizando las ausencias, los espectros, los silencios, los deseos y los rumores de estos escenarios de violencia, es decir, un presente espectral, más que un presente caracterizado y nítido. De esta manera, la ruina y el fragmento son los materiales de trabajo de los cuales parte esta investigación/creación, ya que se utiliza la ruina como aproximación estética, política y ética. Como señala Stoller (2008), las ruinas demuestran las violencias no terminadas y las historias no cerradas, dejándonos ver también de qué manera la recuperación y regeneración de sentido tiene que hacerse en medio y a través de tales ruinas.

El hablar de la ruina tanto en sentido metafórico como en sentido material permite pensar esa imagen cargada de tiempo que cuestiona el pasado y el futuro. Como lo señala Benjamin (1968), la ruina interviene históricamente en la producción de significado; es decir, alegóricamente, la ruina es la forma en la que Benjamin “lee” la historia. Así, la ruina nos lleva a trabajar en el intervalo del tiempo espacializado y, a la vez, del espacio temporalizado. Desde acá es que enuncio la ruina como una aproximación estética, ética y política, pues una etnografía de las ruinas permite aproximarse a las nuevas configuraciones políticas y po-éticas de las memorias que estos escenarios están reconfigurando y transgrediendo, al visibilizar lo no visible, al hacer escuchar los silencios, al darle un lugar a los espectros y al nombrar lo innombrable.

Como lo expresa Butler (2006), es a partir de la vulnerabilidad y la pérdida como tiene que comenzar nuestra labor o, en otros términos, desde el encontrar esas marcas de la pérdida y devolverles la humanización que ha sido robada por procesos representativos de deshumanización. El trabajar contra la desrealización de la pérdida implica crear espacios de duelo

donde los lugares de devastación puedan volver a ser habitados y re-significados. Así, la ruina es, al mismo tiempo, una metáfora evocativa con una perspectiva crítica.

La etnografía de las ruinas permite ese descenso a lo cotidiano, ese acercamiento a las experiencias de vivir en esos escenarios de violencia y a analizar cómo esta se despliega e instaura a través de las fibras más íntimas. Por ello, este tipo de etnografía es una aproximación a la violencia a través de las inscripciones materiales en los cuerpos. Así, la memoria no tiene que ver principalmente con el pasado, sino con el devenir y sus sentidos generados en el presente. Este abordaje de la violencia comprende también la necesidad de un acercamiento genealógico y coyuntural que, como lo desarrolla Koselleck (2004) mediante la articulación entre el “campo de la experiencia” y “los horizontes de expectativa”, es lo que nos permitiría esa aproximación a la complejidad de una temporalidad no lineal, sino heterogénea, que precisamente es la que conforma la historia del presente. El articular el análisis genealógico con el análisis coyuntural permite acercarnos tanto a relaciones de poder, luchas y eventos pasados, como a las conformaciones espontáneas e inexploradas que han permitido re-habitar esas ruinas.

Alterar estéticamente los espacios y los tiempos permite también transformar el modelo denunciado por Benjamin: la historia será siempre escrita por los vencedores sobre las ruinas de los vencidos. Este recurso estético también posibilita crear espacios y tiempos fuera de un tiempo lineal-homogéneo y un espacio vacío y dado de antemano, donde es posible reconfigurar otras relaciones temporales y espaciales.

Consecuentemente, las prácticas culturales y artísticas –entendidas también como prácticas culturales– en las que se ha detenido este trabajo, a través de sus acciones, representaciones, intervenciones, afectos y significados nos llevan a entender las políticas y po-éticas culturales de la memoria como un terreno de lucha por significados y representaciones que pretenden crear nuevas prácticas políticas, estéticas, éticas y, por consiguiente, nuevos

significados en condiciones históricas particulares. Al mismo tiempo, el generar un espacio de duelo a partir de la pérdida y la vulnerabilidad es lo que va a permitir pensar el futuro de una comunidad política (Butler, 2006).

En esta investigación he partido desde el análisis de las condiciones y contextos sociopolíticos de este momento coyuntural de “la transición”, hacia la estética como modo creativo de alterar los espacios y los tiempos. Con ello retorno a la política, pues alterar los tiempos y espacios y exponer un pensamiento de creatividad ya es una intervención política en lo real. Eso es precisamente lo que están haciendo estos movimientos sociales, al igual que las prácticas artísticas en las que acá me concentro.

Termino con un llamado al futuro o futuros de la(s) memoria(s), es decir, a la(s) memoria(s) más como devenir que como historia. Esto nos lleva a reconocer esas imágenes y fragmentos que no se pueden encontrar en el pasado y a imaginarlos dentro de otras relaciones y posibilidades, dentro de múltiples coexistencias temporales. De esta manera, parto de la necesidad de acercarme a dichos escenarios de memoria no a través de la búsqueda incesante de su totalidad y plenitud, sino más bien mediante su generación de sentidos a través del olvido, el recuerdo y la imaginación. Igualmente, esta perspectiva permite situarnos en esos intervalos no totalizadores, sino más bien complejos y contingentes de los escenarios de las memorias de la violencia, que nos abren otros horizontes sin “fatalizar” el pasado y están concebidos para “el tiempo del ahora”, lo cual impide la búsqueda de grandes relatos y permite la complejización del presente.

Derrida (1994) sitúa las políticas de la memoria en el *ser-con-los espectros*, es decir, en ese espacio entre la vida y la muerte, que es donde aprendemos a vivir con esos otros que no están presentes, ya sea que se fueron o que todavía no han llegado y están por nacer. Desde esta perspectiva debe pensarse la justicia y, consecuentemente, la responsabilidad que tenemos con los espectros, lo que permite la desarticulación del presente homogéneo y abre caminos para pensar en otros posibles futuros. El futuro viene desde el

pasado, desde lo anterior; el pasado, bien de frente, y el futuro, de espaldas, y viceversa. Estos movimientos permiten que los espectros vengan y vayan en un constante devenir, desarticulando el presente y mostrando su conformación espectral.

El llamado que hace Derrida hacia un *ser-con-los espectros* complejiza aún más los periodos llamados “de transición”, ya que muestra la necesidad de una responsabilidad hacia estos; por consiguiente, se desarticula la posibilidad de ir de un “pasado” a un “presente”, de la “violencia” a la “paz”, al mismo tiempo que se impiden los discursos de “erradicar” o “superar” la violencia. Por el contrario, un *ser-con-los espectros* invita a pensar cómo vivir con los rastros y residuos que la violencia ha dejado y a re-imaginar otros futuros para los que ya se fueron y para los que están por venir.

Figura 4. El tiempo de “ahora”

Fuente: autora

Referencias

- Benjamin, W. (1997). *Sul concetto di storia*. Turín: Einaudi.
- Butler, J. (2006). *Precarious life: the power of mourning and violence*. Londres: Verso.
- Das, V. (2008). *Sujetos del dolor, agentes de la dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia - Pontificia Universidad Javeriana.
- Derrida, J. (1994). *Specters of Marx. The state of the dept, the work of mourning and the new international*. Londres: Routledge.
- Derrida, J. (2001). *The work of mourning*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Franco, J. (1999). *Critical passions. Selected essays*. Durham: Duke Press.
- Grossberg, L. (2000). History, imagination and the politics of belonging: between the death and the fear of history. En Gilroy, Grossberg y McRobbie (Eds.). *Without guarantees, in honor of Stuart Hall*. Londres: Verso.
- Koselleck, R. (2004). *Futures past: on the semantics of historical time*. Nueva York: Columbia University Press.
- Minh-ha, T. (1999). *Cinema interval*. Nueva York: Routledge.
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Vision.
- Riaño-Alcalá, P. (2006). *Dwellers of memory: youth and violence in Medellín, Colombia*. Nueva Jersey: Transaction Publisher.
- Richard, N. (2007). *Fracturas de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Sánchez Gómez, G. (2007, 20 de febrero). Plan de Área de Memoria Histórica. Recuperado de http://memoriahistorica-cnrr.org.co/arch_plan/plan_estrategico_v1.pdf
- Stoller, A. (2008). Imperial debris: reflections on ruins and ruination. *Cultural Anthropology*, 23(2), 191-219.
- Taussig, M. (1987). *Shamanism, colonialism and the wild man: a study in terror and healing*. Chicago: The University of Chicago Press.